

SERMON SEGUNDO

SOBRE

LA EXISTENCIA DE DIOS.

(DE SANTANDER.)

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad.

S. Pablo á los hebreos, c. 3. v. 12.

Hoy debo cumplir la promesa que os hice anteriormente de probar la existencia de Dios. Pero ¿no sería mejor, amado pueblo mio, hablar de su omnipotencia, para inspirarnos un temor santo, viendo que es nuestro Criador, que con una palabra todo lo saca de nada, y con otra puede todo aniquilarlo? ¿No sería mas conveniente decir con David, que el Señor fabricó el día y la noche, el sol y la mañana, el invierno y el verano, la primavera y el otoño? ¿que él es el Señor de las virtudes, el Dios de los ejércitos, el poderoso en las batallas; el que de la misma manera puede vencer con pocos que con muchos; el que pone términos al mar, enfrena sus olas y suspende los vientos; el que humilla y derriba al soberbio, y con la fuerza de su brazo desbarata todos sus enemigos? ¿No están en Dios la sabiduría y la fortaleza, el consejo y la inteligencia, como aseguraba Job? Si él destruye, ¿quién edificará? si encerrase al hombre, ¿quién le abrirá? si detuviese las aguas, ¿todo se secará; y si las dejase correr, todo se anegará. Él quita la cinta de los reyes gloriosos, y ciñe con una soga sus lomos; hace los sacerdotes insipientes, y pone debajo de los piés los grandes señores; muda las palabras de los sabios, y destierra la doctrina de los ancianos; hace los príncipes viles y despreciables, y levanta los oprimidos; descubre el profundo de las tinieblas, y saca á luz la sombra de la muerte; multiplica las gentes y las destruye, y despues de destruidas las vuelve á restituir. Si él

concediere paz, ¿quién condenará? y si él escondiere su rostro, ¿quién le mirará? Preguntád, hombres, á los jumentos, y os enseñarán; preguntád á las aves del cielo, y os lo dirán; hablád á la tierra, y os responderá, y los peces del mar no callarán. ¿Quién ignora, dice aquel hombre memorable, que todas estas cosas son obras de las manos del Señor?

¿No sería mejor decir con Isaías, que Dios mide las aguas con el puño, y los cielos con un palmo? ¿que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, y asienta los montes en su peso, y los collados en una balanza? ¿que todas las gentes son como un hilito de agua, y como un granito de arena delante de él? ¿que todas las islas son un poco de polvo en su presencia, y todos los árboles del monte Líbano, con cuantos ganados hay en él, no son bastantes para ofrecerle un sacrificio? ¿No vendría mas decir con el Profeta rey, que *el Señor entendió nuestros pensamientos desde lejos, y que alcanzó el hilo y la senda de nuestra vida; que vió desde ab eterno nuestros caminos, y que no hay palabra que no sepa; que conoció todas las cosas antiguas y venideras; que nos crió y puso su mano sobre nosotros? ¿Dónde nos alejaremos de su espíritu? ¿á dónde huiremos de su presencia? Si subiéremos al cielo, allí está; si descendiéremos al infierno, allí le encontraremos; si atravesáremos los mares, y llegásemos á los términos de la tierra, veremos que su mano diestra nos sustenta: las tinieblas no me esconderán de su vista, y la noche oscura será como un día claro en su presencia.*

Ciertamente, carísimos hijos míos, que estos divinos oráculos son unas verdades de grandísimo consuelo para nuestras almas. Con ellos se excitan los afectos santos de las alabanzas de Dios, del amor filial, de la provechosa esperanza, de la saludable humildad, del justo agradecimiento, de la perfecta caridad y otras virtudes. Así lo hemos procurado practicar toda la vida, caminando de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, anunciando á todas las criaturas las maravillas del Señor, que descubrimos por la razon y la fe. Parece que está reservado para mi vejez el tener que razonar, probar y demostrar las verdades eternas de que dimanán aquellos provechosos y meritorios actos de las virtudes. La corrupcion de las costumbres, y las tinieblas que trata de esparcir la incredulidad sobre las brillantes luces que difunden la razon y la fe, me precisan á

deciros con S. Pablo, que viváis cuidadosos, no se contamine vuestro corazón con la peste de los incrédulos, y vengáis á quedar seducidos con las falacias de su pecado. *Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

Acaso me diréis, que esto sería razonable y justo en los misterios ocultos y difíciles de entender; pero que la existencia de Dios es una verdad tan clara y evidente, que no necesita de pruebas. La existencia de la materia y su movimiento, la demuestran hasta la misma evidencia: el innato conocimiento que todos tenemos de lo que es vicioso y lo que es virtuoso, la armonía y órden admirable del universo, la serie de generaciones en los hombres, en los animales, en las aves, en los peces y demas vivientes sensitivos, ó en las plantas, en los frutos y en los minerales, lo prueban invenciblemente: el judaísmo, el mahometismo, el hereticismo y el cristianismo, estos cuatro grandes pueblos, que cubren la superficie de la tierra, lo confiesan, sostienen y predicán. Y ¿por ventura, se ignoró esta verdad en alguna especie de gentes? Nada ménos. ¿No la publicaron Job y Melquisedech en los siglos mas remotos? ¿Sócrates entre los griegos, Ciro entre los persas, Cicerón entre los romanos, los brahmanes entre los indios, no la conocieron y confesaron? Este clamor constante y general de todo el género humano ¿no hace una prueba irresistible de esta verdad? Sí, hijos míos, tenéis mucha razon en pensar así, y todos serian felices si de esa suerte racionaran. Pero ya os he dicho, que la incredulidad trata en nuestros tristes dias de extender su negro manto sobre estas verdades tan claras y evidentes, y necesitamos rasgar esos velos, para que no nos las oculten, ofusquen y obscurezcan. Ademas, carísimos, ¿cómo podríamos levantar el majestuoso y augusto templo de la Religion, sin sentar sólidamente esta primera piedra de todo el edificio? Sin ella daría en tierra toda la fábrica al menor impulso; pero establecido el fundamento de un modo inalterable, será despues imposible desmoronar el edificio que sobre él levantáremos. Llevád pues, á bien para confirmaros en la santa fe que profesamos, y sacar de sus errores á los incrédulos, que probemos invenciblemente la existencia de Dios, por lo que hay dentro de nosotros y fuera de nosotros. Ved ahí dos pruebas que vamos á exponer en el presente sermón. Nosotros mismos somos una demostracion de la existencia de Dios: primera parte. Todo

cuanto nos rodea es otra demostracion de esta verdad: segunda parte.

Señor y Dios altísimo, Rey de los reyes, Señor de los señores, causa de las causas, principio y fin de todas las cosas: confieso que mi entendimiento no puede entender, ni mi lengua explicar vuestras adorables perfecciones. Vos sois eterno; ¿quién comprenderá la eternidad? Vos sois inmenso é infinito; ¿quién dará alcance á la inmensidad? Vos sois un espíritu purísimo, hermosísimo y santísimo; ¿qué ideas podré yo formar-me de vuestra espiritualidad, de vuestra hermosura y santidad, que no sean imperfectísimas é infinitamente ménos de lo que sois? Es muy pequeña la criatura para comprender en su entendimiento las perfecciones del Criador. Justo es que se rinda la debilidad humana á la vista del Omnipotente; y este homenaje de respeto, de adoracion y de humildad, sea una confesion pública de vuestra existencia. Sé que mi Redentor vive; sé que Dios es Dios; que es el que es; y no lo fuera si mi corta vista pudiera verle, mi lengua explicarle, y mi entendimiento comprenderle. Procuremos exigir una confesion tan provechosa de los partidarios de la incredulidad.

PRIMERA PARTE.

Nosotros existimos; pero ¿quiénes somos nosotros? Somos una cosa compuesta de dos muy diferentes. La una piensa, y la otra no: á la primera llamamos alma, á la segunda nombramos cuerpo. Este es materia, aquella espíritu; y este espíritu y aquella materia componen, forman y constituyen el hombre. Pero ¿en qué tiempo y de qué modo, estos dos seres, tan diferentes en su naturaleza y en sus propiedades, se han reunido para formar ese uno, ese todo, ese compuesto, á quien llamamos hombre? Hemos existido siempre? ¿nos formamos á nosotros mismos? Es evidente que todos los presentes existimos de un siglo á esta parte, y que es del todo imposible obrar ántes de ser, lo que sería preciso, si nos hubiéramos formado á nosotros mismos. Todos vemos que han pasado millares de años, miéntas permanecíamos en la nada; todos vemos centenares de siglos que seguirán á nuestra actual existencia sobre la tierra, y en

medio de estos inmensos espacios caminamos, sin saber de dónde venimos y á dónde vamos. ¿Son por ventura nuestros padres los que nos han dado la existencia y formado tal cual somos? Locura seria pensar de esta manera. ¿Acaso nuestras madres colocaban en su seno los miembros de nuestro cuerpo con aquel orden y relacion admirable que en sí tienen? ¿Conocian ellas siquiera esta relacion, esta delicadeza, este orden y esta dependencia de los miembros de nuestro cuerpo? Solo sentian que con el alimento y el tiempo nos íbamos formando y aumentando en su seno; pero ignoraban el por qué y el cómo se hacia todo esto; y mucho mas ignoraban qué cosa sea, de dónde vino y cuándo, este espíritu que nos vivifica, esta alma que nos anima; y cómo de dos cosas tan diferentes se hace un mismo todo, esto es, un solo hombre. Nuestros padres no hicieron esto, otro sin duda lo hizo. Quién lo hizo sino Dios? Luego este existe.

Mas no pasemos tan rápidamente por nosotros mismos: detengámonos un poquito á considerar la admirable máquina de nuestro cuerpo. ¿Puede concebirse una obra mas bien delineada, mas perfectamente ejecutada, y cuyas proporciones sean mas cabales? Todos los miembros y todos los sentidos de nuestro cuerpo, son los que nos conviene tener, y nada mas ni ménos. Quitád un pié al hombre, y le veréis defectuoso; añadídele un ojo, un brazo, un dedo, una oreja, y aparecerá monstruoso; pero con los sentidos y miembros que tenemos, ¡qué hermosura la de nuestro cuerpo! qué agilidad! qué fuerza! ¿No nos llenamos de compasion cuando vemos á un mudo, á un ciego, á un cuerpo con dos cabezas, ó á una cabeza con dos cuerpos? Pero en el estado de integridad de nuestros miembros y sentidos, tenemos cuanto es menester para conservarnos y hacernos felices segun la condicion actual de nuestra naturaleza. Y si la superficie sola de esta máquina del cuerpo nos presenta tanta belleza y tanta gracia, ¿cuántos tomamos seria preciso escribir para manifestar algo de su prodigioso interior? Qué admirable es su mecanismo! ¡qué inteligencia tan sobrehumana debió presidir á su construccion! Ya en la disposicion de sus huesos, para hacerle firme y sólido; ya en el temperamento y contraste de los humores, para impedir la corrupcion y putrefaccion; ya en la estructura y colocacion de sus músculos y fibras, para proporcionarle á recibir y dar los movimientos que

le son necesarios y convenientes á las diferentes funciones que ejerce; ya en la delicadeza y finura de sus órganos para facilitarle el poder evitar lo que le incomoda y buscar lo que le gusta; ya en la ramificacion estupenda de las venas; ya en la rápida y maravillosa circulacion de la sangre; ya en otra infinidad de maravillas que son absolutamente necesarias para la libertad, la prontitud, la variedad y la regularidad de sus movimientos, no obstante la union de sus resortes, y la complicacion y juego de sus partes. ¡Qué mano sino la del Omnipotente pudo idear y construir una obra tan perfecta!

Pero adelantemos ahora un poco mas, y consideremos el poder, las facultades, y el uso que hacemos de este espíritu vivificante que anima nuestros cuerpos. Nosotros pensamos, nosotros sentimos; pero ignoramos cómo esto sea, porque los sentimientos los conocemos solamente por la experiencia: si nunca hubiéramos tenido placer ni dolor, ignoraríamos lo que es dolor y placer; y si los pensamientos los tuviéramos nosotros ántes de representárenos, ¿cómo podrian ser ellos como el aparecimiento de nuevo objeto no visto? Lo cierto es que la razon, la imaginacion, la memoria, y otras potencias y facultades de nuestra alma, son admirables. Nosotros nos gozamos de ellas, nos agradan, y nos complacemos en contemplarlas; pero no sabemos lo que ellas son, ni cómo están en nosotros, ni cómo obran. Estos son unos misterios para nosotros: todo lo que sabemos es que, aunque no nos hemos dado á nosotros mismos los pensamientos y los sentimientos, gozamos de un libre albedrío para usar bien ó mal de ellos, y de dirigirlos hácia el objeto que elegimos. Tenemos pues dentro de nuestro cuerpo un alma que quiere, que piensa, que combina, que elige; pero ignoramos cuándo, cómo y de dónde vino á nosotros. Ved ahí otro misterio incomprendible. Lo que comprendemos es, que no ha sido ella la que escogió esta morada, ni la que ha formado los lazos que la unen al cuerpo tan estrechamente. Ella se encontró unida á su cuerpo ántes que lo hubiera podido pensar, porque no existió ántes. Luego nosotros no nos hemos formado á nosotros mismos, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al alma. ¿Qué otro artífice que un Ser eterno, de infinita inteligencia y de un poder ilimitado pudo criarnos? Luego este existe.

Si examinamos todavía mas la union de nuestra alma y nues-

tro cuerpo, hallaremos nuevas maravillas que admirar. Veremos que el cuerpo depende del alma, y esta tiene sus dependencias de su cuerpo. El alma manda á todos los miembros del cuerpo, y estos la obedecen. Los ojos, la lengua, los piés y las manos se ponen en movimiento luego que el alma lo quiere y como ella quiere; y sin embargo de este imperio en ella, y de esta subordinacion de su cuerpo, ignora cómo obedecen: ignora los resortes y muelles interiores del cuerpo que es menester que jueguen, para que los diferentes movimientos que ella pide, se ejecuten. Y ¿cuánta dependencia tiene tambien el alma de su cuerpo? Por sus órganos recibe casi todos sus conocimientos, todas sus sensaciones, y la mayor parte de sus sentimientos. Cuando el cuerpo está sano y robusto, se derrama en el alma una dulce alegría; y cuando el cuerpo pierde la salud, ó sufre algun otro daño, luego el alma se compadece y le acompaña en su indisposicion. El dolor que está como en centinela junto á todos los miembros del cuerpo velando en su conservacion, advierte al alma que los socorra, é impida el que perezca su cuerpo, y estas advertencias producen siempre su efecto. En suma, el alma y el cuerpo se hallan tan unidos y tan estrechamente enlazados, aunque son de naturaleza y ser tan diferentes, que el alma está presente en todo el cuerpo, y todo el cuerpo siente, obedece y cumple la voluntad del alma. ¡Qué prodigio este tan poco considerado! ¡Un espíritu inmortal y una materia terrena y destructible, unidos y asociados de tal manera que no formen mas que un solo ser y un mismo todo! qué maravilla! Que obren tan de concierto que sus dos acciones no compongan sino una sola y única accion, ¡qué portento! ¿Puede otro que el Omnipotente ser su autor? ¿No se pasma y asombra el entendimiento que esto considera?

Y ¿cuánto no sorprenderán las relaciones que el hombre tiene con el mundo, y el mundo con el hombre? Ved aquí una prueba eficacísima de la existencia de Dios. Escuchád: quitád al hombre del mundo, ¿qué veis en él? Un palacio magnífico y hermoso, preciosamente adornado, y lleno de todas las comodidades; pero un palacio inhabitado, desierto y como inútil. ¿Para quién seria entónces el maravilloso espectáculo que formó el autor de la naturaleza? ¿quién veria entónces la hermosura del universo? ¿quién gozaria los bienes que en sí encierra? ¿cuál seria el uso del sol, la luna y las estrellas? ¿para

qué serviria el pan, el vino y tantos otros frutos deliciosos que produce la tierra? ¿cuál seria el destino de tantos animales, criados para servicio del hombre? Unos para alimentarnos, otros para vestirnos; estos para calzarnos, y aquellos para defendernos y aliviarnos en los caminos, en las batallas, en las fatigas de los campos y en los trasportes del comercio. En este estado de cosas el mundo se pareceria á un taller, lleno de ricos materiales y finísimos instrumentos, pero sin obreros que trabajasen en él: pareceria una habitacion ricamente adornada y preciosamente iluminada; pero cerrada enteramente á todo espectador: pareceria una mesa, cubierta con esplendidez y finura, pero sin convidados: pareceria una cátedra, en que la naturaleza, como maestra sabia, enseñaba las ciencias y las artes, pero sin un solo concurrente á sus lecciones. Separád del mundo al hombre, y le quitaréis el alma, y daréis la muerte á toda la naturaleza: volvé el hombre al mundo, y veréisle todo animado y vivificado. Cada ser tendrá su destino, su uso y su utilidad: nada veremos de mas, nada de ménos.

Pero si quitáramos el mundo al hombre, ¿qué nos quedaria? ¿Haríamos otra cosa que privarle de todos sus miembros, de todos sus sentidos, de la mayor parte de sus facultades, y casi aniquilarle? Para qué sus ojos, si nada tenia que ver? ¿para qué el sentido del oído, si nada tenia que oír? ¿para qué el paladar y el olfato, si nada tenia que oler ni gustar? ¿Qué uso haria de su lengua, de sus piés, de sus manos, de su imaginacion y de su memoria? Pero volvé el hombre al mundo, ó dad el mundo al hombre, ¿qué sucede? Todo se anima, todo se vivifica, todo parece que se cria de nuevo. El hombre usa de todos sus sentidos, de todos sus miembros, y de las funciones de su alma, que sin el mundo estaria como aislada en sí misma, como reconcentrada y abismada en sí misma, sin hallar en el vacío inmenso un lugar en que colocar su cuerpo, inerte, inmóvil, ciego y sin provecho; y el mundo sin el hombre estaria sin su señor, sin su presidente, sin su mejor criatura, y solo seria objeto de las bestias. Carísimos hijos míos, ¿puede hallarse cosa mas capaz de arrebatarnos nuestras almas, que aquellas relaciones tan justas y tan necesarias como las que se hallan entre el hombre y el mundo, y entre cada uno de los seres que el mundo encierra? ¿Quién sino un Dios podia hacer tantas combinaciones, concebir tantas relaciones, conce-

birlas todas juntas y por un solo pensamiento? ¿Quién sino Dios podia ejecutar tan grande obra y ejecutarla con una sola palabra, y por un solo acto de su divina voluntad? ¡Oh Dios de mi corazon, esta sola consideracion me conduciria á confesar vuestra existencia, si yo hubiera tenido la desgracia de no haberla conocido, ni confesado y publicado á mis semejantes! Sí, Dios mio. Ahora mismo, cuando careciera de la luz de la fe, la confesara yo por la conviccion mas íntima de mi razon. Cuanto mas la consulto, mas me persuade; cuanto mas la pregunto, mas me convence. Todos mis semejantes me gritan esta verdad, y las relaciones que con ellos tengo, me la demuestran hasta la misma evidencia.

En efecto, yo pienso en mí mismo, y me veo precisado á vivir en sociedad: mis inclinaciones, mis necesidades y mi constitucion propia me lo evidencian. Yo veo en mí con admiracion cuanto puede unirme y cuanto puede separarme de los demas hombres: veo en mí cualidades que pueden ser útiles á la sociedad, y cualidades que pueden serle nocivas; y que sin embargo, por la sabiduría infinita del Criador, se templan de tal manera las unas con las otras, que todas son necesarias: las miserias, los extravíos del entendimiento, los defectos, los vicios, sirven infinito á formar los lazos de la sociedad. La inclinacion á multiplicarse forma las sociedades domésticas; la de instruirse, produce las sociedades literarias; la de defenderse del poder arbitrario, y vivir tranquilamente, forma las monarquías y repúblicas; la de manifestar con acciones externas la religion del espíritu, establece las sociedades religiosas: en suma, por un pequeño número de necesidades y de sentimientos, variados infinitamente, combinados y dispuestos por una inteligencia suprema, pone Dios á todo el género humano en un perpetuo movimiento, uniendo entre sí todos los particulares en un pueblo, todos los pueblos en una nacion, todas las naciones en un mundo solo. Todo lo ha reducido á la unidad, diversificándolo todo; y á la manera que un diestro maestro de capilla de las diferencias en las voces forma una armonía, el supremo Artífice del universo ha hecho de todas las imaginaciones de los hombres, de todos sus caractéres, de todos sus institutos y de todos los sentimientos, un resultado el mas uniforme, el mas bello, el mas perfecto que puede concebirse. ¿No es esta, hijos, un obra propia y peculiar de Dios? Luego

él existe: mi propia existencia, y las necesarias relaciones que tengo con el mundo y con mis semejantes lo evidencian. ¡Infeliz de mí, si careciera de esta creencia! ¡desgraciado de mí, si esta esperanza no me consolara! Todas las bestias, todos los animales, todas las sabandijas de la tierra serian mas felices que yo. ¡Pobre de mí, si el amor de mi corazon á este Dios eterno, amable, justo y santo, no me hiciera dulce la vida! Esta fe, esta esperanza y esta caridad que encuentro dentro de mi alma, y que me mueven poderosamente á creer en Dios, esperar en Dios y amar á Dios, se aumentan, se fortifican y robustecen con la vista y consideracion de lo que está fuera de mí, que es toda esa bella fábrica del universo; y es puntualmente la segunda prueba de la existencia de Dios, y la materia de la

SEGUNDA PARTE.

El apóstol san Pablo, escribiendo á los romanos, les dice: las perfecciones invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad se han hecho sensibles, despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que sus obras nos dan de ellas; y los incrédulos se han hecho inexcusables, porque habiendo conocido á Dios, no le han glorificado como Dios, y no le han dado gracias: ellos se extraviaron en sus vanos razonamientos, y su corazon insensato ha estado lleno de tinieblas; y atribuyéndose el nombre de sabios se han mostrado necios, dando el honor que no se debe sino á Dios incorruptible, á la imágen de un hombre corruptible, y á las figuras de aves, cuadrúpedos y serpientes: por esto Dios los ha entregado á los deseos de su corazon y á los vicios de la impureza; de suerte que han deshonrado ellos mismos su cuerpo, ellos que habian puesto la mentira en el lugar de la verdad de Dios. Estas admirables palabras del Apóstol, nos enseñan entre otras muchas verdades, la existencia de Dios por la creacion de esta hermosa fábrica del mundo; y ciertamente es menester no usar de la razon y ser un loco, como decia san Pablo, para no rendirse á las sensibles demostraciones que estas grandes obras que vemos, nos dan de su Hacedor. Tengo por cosa tan cierta, decia san Agustin, que hay en este mundo una primera y suma verdad que